

EPISTEMOLOGÍA E HISTORIA EN LA CONCEPCIÓN NEOKANTIANA

Carlos MALLORQUÍN¹

ABSTRACT: This article questions the use and viability of epistemological postulates in general to evaluate specific theoretical discourses. It does this analyzing certain propositions by W. Rickert and H. Dilthey as to how to construct the object of History. Given that this paper questions the practice of seeing theoretical discourses as products of epistemological postulates, and that epistemological discourses *per se* are implicitly or explicitly impossible to realize, theoretical discourses should be evaluated examining the consistency and relations of the concepts there by posited. In other words, no matter what epistemological sign an author is supposed to be following, the evaluation negative or otherwise should depart from the examination of the internal postulates and the concepts that make the discourse in question possible or impossible for that matter. On the other hand, a negative judgement that can be given to the epistemological sign, because of its assumptions, cannot, and should not be transferred on to its allegedly products.

RESUMEN: Este ensayo cuestiona el uso y la viabilidad de los postulados epistemológicos para evaluar discursos teóricos específicos, través del análisis de ciertas proposiciones de W. Rickert y H. Dilthey de cómo construir el objeto de la historia. Dado que ese artículo cuestiona la práctica de ver los discursos teóricos como producto de postulados epistemológicos y también de que el discurso epistemológico *per se* es imposible de realizar implícita como explícitamente, los discursos teóricos deben evaluarse examinando la consistencia y relaciones de los

¹ Benemérita Universidad Autónoma de Puebla.

conceptos planteados. En otras palabras, no importa qué signo epistemológico un supuesto autor siguió, la evaluación negativa u otra debe partir de un examen de los conceptos y postulados internos que hacen posible o imposible el discurso en cuestión. El juicio negativo que pudiera darse al discurso epistemológico, dados sus supuestos, no pueden ni deben transferirse a sus supuestos productos.

El siguiente ensayo cuestiona tanto la concepción de que el discurso debe evaluarse por medio de supuestos epistemológicos, así como la idea de que su evolución y su transformación obedece y pueda ser explicada a partir de dichos supuestos. Ejemplificaremos esto haciendo una referencia especial a la concepción neokantiana de la historia a través de los postulados de W. Dilthey y H. Rickert. Si bien no se tocará las relaciones entre sus obras y las de M. Weber, sí cabe advertir que los insoslayables problemas conceptuales y críticas que a continuación señalaremos para aquellos teóricos, pueden ser extendidos también a Weber.

En primera instancia, realizaré una descripción de las características generales de toda epistemología para demostrar su circularidad y dogmatismo. La crítica que se hace a los antes mencionados teóricos sólo en parte toma como parámetro el hecho de que su punto de partida —debido a sus concepciones epistemológicas— es insostenible. Es el inexorable “esencialismo” de su concepción histórico/sociológica la que demuestra sus insuperables problemas teóricos. Con ello también se busca aclarar que en dicho enfoque los problemas teóricos de la construcción del “objeto” de la historia no se evaporan si hacemos a un lado las formas de validación epistemológica de los discursos. Por otra parte, la noción de que los discursos son productos de alguna epistemología y por tanto, deben ser evaluados por sus postulados debe ser descartada. Esto quiere decir que las formas de constitución y validación del discurso, y en este caso la construcción del objeto de la historia, debe buscar sus soluciones y condiciones de existencia en los conceptos que construye discursivamente, y no como producto de una correlación sujeto/objeto, como lo supone el discurso “epistemológico”.

Se esboza la concepción positivista del conocimiento para destacar el contexto discursivo y trasfondo contra el cual se desarrollan los argumentos neokantianos. Posteriormente pasaremos a delimitar la problemática teórica que organiza los esquemas de Dilthey y Rickert, para finalmente pasar a la descripción de sus principales tesis con las que se construye un espacio u objeto para la “historia”.

Como veremos a continuación, el “objeto” de la historia teóricamente construido y que subyace en esta corriente hace de la tarea historiográfica —o sociológica— una actividad esencialmente especulativa.² Sus supuestos tanto explícitos como implícitos, a partir de sus propios postulados, engendraron problemas teóricos insuperables en la concepción del objeto teórico y en las acciones sociales postuladas; por consiguiente, tanto éstas u otras corrientes similares que parten del acto “creativo” del ser humano para establecer el objeto de la “historia”, y que además proponen escribir la historia a través de simples “descripciones de la realidad” e “interpretaciones”, sin antes haber especificado las condiciones de existencia teóricas/conceptuales de dichas “descripciones”, están determinadas a naufragar, o a imponerse como simples dogmas.

A grandes rasgos podemos decir que toda epistemología parte de la distinción y diferenciación entre una “realidad” y una entidad encargada de organizar y representar aquella, es decir, obedece a una relación de extracción y apropiación entre un “sujeto” (aquí caben toda una serie de categorías, “comunidad científica”, “sujeto trascendental”, “problemática científica”), y un objeto dado de antemano o préexistente (“realidad”, “fenómenos”, objeto concreto). Dadas las características abstractas generales antes delineadas, la crítica puede tomar una forma general. Las variaciones particulares de los presupuestos epistemológicos no afectan la descripción antes realizada.

En algunas ocasiones, este proceso se presenta como un acto de representación, entre un sujeto y un objeto preconstituidos (el empirismo por ejemplo), en otras, el sujeto epistemológico está conformado por categorías que hacen posible ordenar la realidad/objeto —por ejemplo la “kantiana”. Por su parte, la concepción racionalista supone un sujeto con la aptitud adecuada para realizar “abstracciones” que a su vez implica que la estructura subyacente de la realidad posee un orden y una lógica que será representada por los conceptos (Bachelard o Althusser). Sin embargo, todas estas formas de describir el origen del conocimiento postulan principios que deben aceptarse como fundamentales —y por tanto sagrados—,

2 El problema no radica simplemente en el fenómeno de la “especulación” *per se*, sino en el hecho de que no se establecen las condiciones teóricas de existencia que la hacen posible. Recuérdese el postulado de T. Parsons, por medio de Weber, de que no todas las acciones o conductas humanas son posibles de interpretarse o “entenderse”; para ello es necesario que estas acciones tengan algún “significado” para los involucrados. Lo que precisamente está en juego es el significado que cada uno puede imputar a sus acciones y la interpretación que de allí pueda deducirse por parte del observador.

son su punto de partida; es así que se postula y se describe la manera en que toma lugar el proceso del conocimiento, un proceso que se realiza a través de un mecanismo de representación/correlación entre el discurso y la realidad, sujeto-objeto. Si bien estos presupuestos son dogmáticos (de hecho son su “sosten”), el discurso aparece como el producto de dicha correlación. Estas teorías del conocimiento o epistemologías, no pueden poner en tela de juicio las condiciones de existencia del proceso del conocimiento implicado, de hecho, éstas no son productos de “conocimientos”, sino su punto de partida.

El empirismo privilegia y requiere la preeminencia incuestionable de un sujeto con cualidades sensoriales y de juicio específicas. La “experiencia” es el sustento de la validez y la evaluación y, por lo tanto, la justificación del saber o conocimiento. Este emana y se realiza a partir de los términos y proposiciones que deben designar lo que es dado a la “experiencia” de los sujetos humanos, los hechos de “observación”. (Existen sin embargo ciertas posturas “positivistas” que distinguen entre un lenguaje teórico abstracto y otro a-teórico). Por su parte, la postura kantiana, funciona con dos órdenes privilegiados, por un lado, tenemos las categorías, y por otro, la “experiencia”, que es ordenada por aquellas, ambos niveles y punto de partida son incuestionables, no son producto de un proceso del conocimiento o “metodología”; no obstante, las condiciones de existencia de dicho proceso del conocimiento, sus principios de partida, no pueden fundamentarse bajo sus propios términos.

En la concepción racionalista, el orden conceptual y el de la estructura de la “realidad” presuponen una relación homóloga, y son los conceptos los indicados para descifrar y describir el movimiento así como la forma de la realidad. En consecuencia, esta explicación no sólo presupone una adecuación *a priori* entre el sujeto y objeto, sino además la existencia o por lo menos en potencia de “objetos” externos al sujeto y al discurso. Lo real puede ser reproducido discursivamente vía su conceptualización mediante un proceso de abstracción; así van apareciendo las diferencias entre el “objeto del pensamiento” y el “objeto real”.

Por lo tanto las epistemologías en general presuponen una estructura sujeto-objeto, y cierto mecanismo de correlacionarlos. Ello supone la existencia de entidades capaces de realizar dicha tarea. Ambas entidades se preexisten y se suponen independientes entre sí, por lo menos inicialmente; nuevamente, no son productos de un conocimiento específico, son supues-

tos de antemano, son las condiciones de existencia que hacen posible plantear el proceso del conocimiento como una especie de representación / correlación, y así dar validez y justificación a cierto “saber”.

Las variantes dentro del esquema general de la epistemología suponen diversos ámbitos de lo cognoscible y de lo existente. Para algunas, sólo existe aquello que puede designarse y ser descrito por ciertos términos, así funciona el positivismo. En otras, como en la kantiana, las “cosas en sí”, la estructura “real” de las cosas no es accesible al conocimiento, por lo cual la facultad de la mente y sus categorías *a priori* sólo ordenan las estructuras externas de las cosas.

La existencia de ciertos ordenes privilegiados —incuestionables y sagrados— en cada una de las teorías del conocimiento, hace factible la emergencia de postulados que intentan sustentar la validez y prerrogativas para evaluar otros discursos que habrían privilegiado diferentes principios “epistemológicos”. De esta forma, estos discursos “errantes” pasan a formar parte del basurero histórico. Desde el punto de partida “empirista”, los términos o conceptos no “observables” serán desplazados por inoperantes, como algo sin validez o sin significado, o solamente “formales”.

Otro efecto —y defecto— correlativo de plantear que el desarrollo y origen del conocimiento es producto de una correlación entre un sujeto y objeto, es aquel que posibilita presumir la existencia de “objetos” potenciales independientes del discurso, que a su vez hace de éstos el ámbito legislativo para medir y evaluar los discursos con base a lo que supuestamente se conoce de estos “objetos”. Esto no significa negar la existencia de “algo” externo al discurso, y sí privilegiar el análisis de los conceptos con los cuales se intenta su descripción; así la tarea de evaluación pasa por analizar los “objetos” como entidades eminentemente discursivas y por tanto las relaciones entre sí de los conceptos con los que se especifican. En otras palabras, una entidad “extradiscursiva” no puede ser la medida de una discursiva, porque las “representaciones” se dan en última instancia “discursivamente”.

Por otra parte, las cualidades atribuidas al sujeto del conocimiento no pueden ser objeto de este, el sujeto no puede ser investigado porque este presupone las condiciones que hace posible semejante investigación: la “experiencia” y “juicio” funcionan como medios de representación, estos a su vez no pueden ponerse en tela de juicio a costo de interrumpir el acto

“epistemológico”. En otras palabras, las epistemologías no teorizan las condiciones de existencia de su punto de partida.

Ante la ausencia de un meta-discurso que pueda enjuiciar a todos los discursos, y entidades extradiscursivas que funcionen como principios legislativos sobre la validez de ciertos discursos, cabe volver a plantear que cada discurso y los “objetos” que llegue a especificar, deben analizarse a partir de lo supuestos y conceptos del discurso en cuestión.

La crítica a la epistemología como la correlación/representación de la estructura sujeto-objeto impone la desaparición de niveles conceptuales privilegiados en los discursos. Asimismo al negar que los “objetos” sean algo independientes del discurso y que se hallan constituidos apropiadamente para que sean representados a través del discurso, no quiere decir que no existan y mucho menos de que no haya saber o conocimiento, sino simplemente de que no existe razón alguna —ante de la teorización en cuestión— para presuponer que los objetos externos al discurso tengan una estructura adecuada para ser representados por el discurso; en otras palabras, se rechaza al modelo de la “correlación/representación” de la epistemología y la forma como ésta postula dicho mecanismo, con lo cual se evade a la epistemología y su forma de conceptualizar el saber. No se niega la existencia de “objetos” externos, se rechaza la noción presupuesta en las epistemologías en general de que estos tienen las cualidades, así como las formas apropiadas para ser representadas por el discurso. Al desplazar el principio teológico que supone que los objetos están creados para el hombre y su conocimiento, se descubren insospechables ámbitos para el análisis y la construcción conceptual.

Finalmente cada epistemología presume ciertos supuestos “ontológicos”. Impone cierta forma de concebir la causalidad de los “objetos” al suponerlos externos al discurso. La manera de relacionarlos es conceptualizada de diversas formas, dependiendo de los supuestos de cada epistemología; en la concepción empirista solo se puede aceptar la existencia de objetos observables, por lo que la causalidad se concebirá de manera mecánica, siendo la causalidad externa nada más que la existencia recurrente y regular entre los objetos, y que será contrastado vía la experiencia. Para la concepción racionalista, como el mundo se presume ordenado de manera racional, y siendo los conceptos la esencia de lo real, el mismo orden y relación entre los conceptos hace explícita la forma en que los objetos se relacionan entre sí. La causalidad entonces sólo puede denominarse como

“expresiva”, esto es, porque entre los fenómenos, su forma de aparición y su esencia existe una relación que se expresa en los conceptos. Esta relación y causalidad se articula de manera teórica, y que en última instancia implica un análisis entre los mismos “objetos”. Las formas conceptuales nos dirán las formas de aparición y funcionamiento de los objetos (esencias subyacentes), y como se correlacionan (causalidad).

Además debe hacerse notar, que si bien las epistemologías luchan en el terreno discursivo imponiendo “sus” principios rectores sobre la emergencia del saber, la única forma de cuestionar esta problemática es atacando la forma en que la epistemología plantea la evolución del saber/discurso, o sea la distinción discurso-realidad y su supuesta relación de “representación” impuesta por la “epistemología” como criterio de validez.

A partir de la crítica antes realizada debe reconocerse la inexistencia de protocolos (coherentes) *generales* para la práctica científica por una parte, y por otra, una ausencia de garantías extra-científicas (es decir filosóficas), de que todo lo que los discursos de las ciencias sociales producen es un conocimiento válido.

Segunda consecuencia: el saber no puede ser concebido como producto de una relación de abstracción/correlación entre el conocimiento por un lado y el mundo por el otro. Por lo mismo ya no cabe la distinción y la “correlación” entre un objeto “real” afuera del “conocimiento” y un objeto constituido dentro de éste. Los problemas del conocimiento como los postula la epistemología y sus criterios de validez no son pertinentes.³

Avancemos entonces diciendo que la “historiografía positivista” asume que sus discursos substantivos, aparentemente escritos bajo su “método”, son el producto de una práctica elaborada por los historiadores a partir de ciertas reglas y de una conceptualización análoga a la que utiliza las “ciencias naturales”; con ello se expone una forma de validación, y una añoranza por una “cientificidad” concebida bajo el modelo de la mecánica dominante a fines del siglo pasado.

Un problema que se presenta inmediatamente es el de definir o describir el “método positivista”, porque, independientemente de su delimitación, encontramos que los discursos escritos bajo este signo no podrían ni validar

3 Véase para el argumento anterior Hindess, B., Hirst, P., *Mode of Production and Social Formation*; Londres, Macmillan Press Ltd., 1977; Hindess, B., *Philosophy and Methodology in the Social Sciences*; Londres, Harvester Press Ltd., 1977; Rorty, R., *Philosophy and the Mirror of Nature*; U.S.A., Princeton University Press, 1980; Rorty, R., *Consequences of Pragmatism*; U.S.A., University of Minnesota Press, 1989.

o evaluarse por medio de los principios postulados en tal “método”. Cuando percibimos que estos discursos manifiestan una serie de categorías y conceptos no “comprobables” y que por lo tanto no tendrían por qué aparecer en el corpus discursivo, surge la explicación de que ello se debe a la incompetencia o lapsus del investigador en el uso del “método”; pero en última instancia, esta estrategia vuelve a introducir por la ventana un “metadiscurso” para evaluar los “procedimientos” en cuestión. Sin embargo cabría otro tipo de explicación: los discursos (sus objetos, conceptos, así como sus insospechadas categorías) al no tener una lógica predeterminada por algún método o epistemología fijado de antemano, recibirían una explicación como productos de los problemas teóricos del discurso en cuestión: la forma de construir sus objetos teóricos, mediante ciertos conceptos y no resultado de la ineptitud del “investigador”.

Ahora bien, si aceptamos explicar los discursos y sus “anomalías” recurriendo a elementos externos al discurso, es decir: productos de una mala utilización del “método” o debido a la incapacidad del investigador, ya sea por los lapsus o mal humor que sufría, entonces queda desplazada la causalidad original planteada en torno a la explicación sobre cómo se produce y evoluciona el discurso: ya no es consecuencia de un método, lo cual deja el proceso de conocimiento —el método— sin determinación alguna. Para dar cuenta de sus “productos” y “anomalías”, se pasa al recurso arbitrario de incorporar elementos explicativos extraños y externos al “método”, anulando las especificaciones teóricas propuestas inicialmente como determinantes del discurso: el “método”.

Esta crítica puede dar sustento a la idea de que este “problema” sólo surge con el “positivismo”, de tal forma que su solución se encuentre bajo otro signo epistemológico. Sin embargo, como ya se ha mencionado, es el discurso epistemológico en general el que es insostenible, y no sólo los supuestos implícitos del “positivismo” y su método.

Si la afirmación del positivismo se tomara en el estricto sentido que pregonan sus postulados (“excluir” lo metafísico, comprobarse a través de “variables” y su “causalidad”, y la “observación”) no funcionarían, y ello como hemos visto no se debe a las aptitudes de algún investigador, sino a la inoperancia de sus propios presupuestos. En primera instancia supone que el discurso y el lenguaje son una especie de cámara fotográfica de algo externo a ella, pero que paradójicamente requieren de cierto control para

que no se independice de la “realidad”. La aparición de entidades extrañas (lo “metafísico”) en el discurso, —no comprobables en la “realidad”— no tendrían cabida o validez bajo sus propios principios legislativos sobre lo que constituye el régimen de verdad sobre lo real u “objetivo”.

Dados los supuestos empiristas del positivismo y su método, ello supone que los objetos del saber existen y se ofrecen a la experiencia, al mismo tiempo que se suponen constituidos antes del proceso cognoscitivo; sólo es necesario “aplicar” cierto “método” para poder comprender y describir este o aquél objeto o lo real. Será el método el que guiará la acción cognoscitiva, la ciencia es un proceso en el cual se estudia de manera metódica los objetos de la experiencia. En otras palabras, el método es autosuficiente e independiente de los objetos del análisis, pero además, es la experiencia la que tiene el privilegio de materializar este proyecto. No obstante, es imposible sostener un proyecto que toma como su punto de partida la idea de que el objeto del conocimiento está dado previamente e independiente de los conceptos teóricos, como muy a pesar suyo se percató Durkheim.⁴

Como el positivismo parte de cierto escepticismo, sostiene que únicamente los objetos de la experiencia pueden existir o conocerse, lo dado a la experiencia es el único objeto posible de investigación, es el sujeto con capacidades de percepción lo que fundamenta este proyecto epistemológico, facilitando con ello la distinción entre lo real y la apariencia en nociones positivistas más elaboradas. Pero de todas maneras el saber se reduce a la representación verídica de un objeto externo —dado de antemano— por parte de un investigador, donde toda actividad teórica previa es desechada, por lo que el “conocimiento”, el saber, se halla fuera del discurso, en lo “real”. Paradójicamente, el saber no es una construcción, debe “descubrirse”.

Si por lo anteriormente dicho este proceso del “conocimiento” o método es imposible, debemos a su vez desechar una idea que generalmente se deduce a partir de esta crítica: los productos y discursos son declarados faltos de rigor o improcedentes por haber estado escritos bajo ese signo epistemológico. Sin embargo, ello supondría precisamente lo que aquí se está intentando descartar: que el discurso —su evolución, y transformaciones resultado de un método previamente especificado, independiente de los problemas que intenta construir—.

4 Véase: Mallorquín, Carlos, “Diferenciación entre teoría, método y técnica”, *Crítica Jurídica*, núm. 11, México, UNAM, 1993.

Según Collingwood, el “positivismo” consiste en: “...primero descubrir los hechos; segundo; establecer leyes. Los hechos son inmediatamente descubiertos por la percepción sensible. Las leyes son establecidas por medio de la generalización de estos hechos a través de la inducción”.⁵

Señalemos entonces que se requería una especie de “observación controlada”, pero de todas formas puede destacarse un problema que dicha perspectiva no considera: de que los “hechos” y/o los “datos” tienen condiciones de existencia muy específicos, es decir, teóricas, y que por lo tanto no existe investigación, ni ordenamiento y producción de datos/hechos/eventos sin “prenociones”;⁶ los datos son productos constituidos dentro de cierto aparato conceptual, del cual una serie de categorías y técnicas son puestas en acción para organizar y fabricar los “datos”.⁷

Toda la problemática epistemológica implica el modelo de representación y correlación entre un sujeto y un objeto dado de antemano, y nos hemos referido a la circularidad y dogmatismo, así como de las consecuencias que de ella se derivan cuando pasa a ocupar el papel legislativo sobre lo que debe verse como la “verdad”. Por lo tanto, cuando analicemos la perspectiva neokantiana, antes de una crítica a sus supuestos “epistemológicos”, cabe examinar la forma en que construye su objeto teórico y los problemas que de allí se derivan. Si esto es posible, cabe recordar que en torno a Rickert y Dilthey no se puede presumir de cierta “unidad” discursiva por el simple hecho de haber escrito bajo cierta postura “epistemológica”. A su vez, la denominación de “historiografía neokantiana” tiene la función analítica de delimitar algunas de las consecuencias teóricas adversas que emergen en todo tipo de discurso que supone ciertos postulados esencialistas.

Dilthey y Rickert compartían una misma problemática e interrogantes. Fue explícito su proyecto para establecer formas, criterios y un método para dar validez a los discursos en el ámbito de los estudios de la “cultura”. El imperialismo de las ciencias naturales y sus supuestos métodos científicos tuvieron que ser combatidos. Se suponía que las “ciencias naturales” eran producto y consecuencia de emplear un “método”⁸ en particular y que este

⁵ *The Idea of History*, New York, Oxford University Press, 1956 existe traducción por F.C.E. México, 1967, p. 126-127.

⁶ Véase Mallorquín, Carlos, *op. cit.*, *supra*, nota 4.

⁷ Véase: Hindess Barry, *The Use of Official Statistics in Sociology*, Londres, ed. Macmillan, 1973, puede verse también la crítica a la epistemología empirista por parte de Althusser L., *Para leer el capital*, México, ed. Siglo XXI, 1975.

no podía ser incorporado al estudio de las ciencias culturales. Surgía por lo tanto la interrogante sobre la manera de acceder al conocimiento o al saber en el ámbito “cultural” o espiritual, sin imponer ni las evaluaciones ni los “métodos” de las ciencias naturales.

Las bases del argumento para desplazar el “método” de las ciencias naturales del ámbito de las culturales partía inicialmente de una distinción metodológica, pero que esencialmente implicaba una distinción “ontológica” sobre los objetos teóricos respectivos, es decir, diferenciaba dos ámbitos: “naturaleza” y “cultura”. Esta oposición suponía tipos de saber diferentes, así como formas y procesos de acceder al conocimiento; la “naturaleza” era gobernada por leyes, que por definición eran universales y por lo tanto cabían fácilmente las generalizaciones, sus “objetos” no tenían significado o sentido alguno más que aquél que nuestra cultura les otorgaba a partir de cierta escala de valores culturales allí hegemónicos, por lo tanto, sus “objetos” estaban determinados por una causalidad externa, mecánica y predeterminada. En el ámbito de la cultura, no existía dicha causalidad o determinación, era un saber que expresaba y daba a conocer el sentido o significado cultural de los actos de la “libre” voluntad de los sujetos humanos y por lo tanto no podía predecirse; el hombre creador de la cultura y significados que le daban sentido, engendraba objetos, eventos, pero con algún sentido y significado en particular, pudiendo estos reconocerse e identificarse a través del acto de “comprensión” o “entendimiento”. Este proceso cognoscitivo implicaba un acercamiento a su objeto intentando “revivir” las vivencias y el sentido de las acciones de los protagonistas históricos en cuestión. A diferencia de los objetos del ámbito “natural”, donde la relación sujeto/objeto es externa y las relaciones entre los objetos no tienen “significado” (*meaning*) pero sí una causalidad, aquí el sujeto investigador intentaba recrear y corroborar la experiencia del pasado y presente a partir de los significados y los valores culturales entonces dominantes (más adelante veremos las diferencias entre Dilthey y Rickert al respecto).

8 Ya hemos indicado que la noción de la existencia de un “método” previo e independiente del objeto de la investigación es de difícil sustentación. Lo que por ese entonces no se problematizó fue la noción de que supuestamente la “ciencia” tiene un método y objeto unitario, idea insostenible hoy en día; puede verse una buena crítica a estas nociones en “Method, Social Science, and Social Hope” en Rorty R., *Consequences of Pragmatism*, op. cit., supra, nota 3. Y para un buen ejemplo descriptivo de cómo se construyen los conceptos en las “ciencias naturales” véase: Chalmers, Alan, *¿Qué es esa cosa llamada ciencia?*, México, ed. Siglo XXI, 1990.

Por un lado la ciencia natural —según nuestros autores— podía decirse privilegiada por lograr cierta “objetividad”, pero por otro lado, —a diferencia de las culturales— su saber estaba restringido y a la incertidumbre de no alcanzar plenamente el conocimiento real de las “cosas en si” —Kant— con lo cual se perdía la garantía de un total conocimiento de las cosas. Sin embargo, en la ciencias culturales la manifestación de la voluntad humana, la expresión de sus acciones por medio de símbolos culturales que dan significado a la vida, garantizaban la identidad entre el sujeto y objeto, y la del ser del conocimiento y el objeto del conocimiento, ello hacía posible la existencia de un saber absoluto en ese ámbito (un saber intersubjetivo entre los seres humanos que requería una interpretación), y este saber consistía en “comprender/entender” los significados de las acciones de los humanos de libre volición. El problema sobre si este es un saber “objetivo” o no, surge precisamente como resultado de la forma en que constituye su objeto teórico; es decir, lo social es causa y efecto de diversas voluntades y significados intersubjetivos por lo que se imponía la interrogante de si dicho conocimiento podía estar libre de las “subjetividades” del investigador.

No obstante, el “hombre” como parte integrante de la naturaleza, o sea, del ámbito biológico, podía ser analizado con el método supuestamente en acción en las ciencias naturales, allí el hombre podía medirse y evaluarse bajo una óptica y como producto de una causalidad externa. Es precisamente en este tema donde Dilthey emprende su distanciamiento de la posición “neokantiana”. Si por un lado estaba de acuerdo que el “hombre” podía ser explicado como parte de la “naturaleza”, por otro, discrepaba con la escuela de “Marburgo” en el sentido de que este “hombre” no era el sujeto kantiano trascendental, que según Dilthey, era simplemente una invención metafísica.

Este sujeto suponía imponer orden al mundo a través las categorías *a priori* del pensamiento, que a su vez se presuponían innatas al sujeto humano. Dilthey, en conformidad con Rickert, aceptaba que los estudios culturales o del “espíritu” requerían para entender sus fenómenos de un proceso de “comprensión”/“entendimiento” por parte del investigador. Esto era posible y necesario —como dijimos más arriba—, porque la “mente humana” se había impregnado en el orden social, este orden presentaba las huellas de las actitudes intencionales (con cierto sentido en particular) de los seres humanos, de tal forma que sería la “interpretación”

(“comprensión”) por parte del investigador el que se encargaría de descifrar sus significados culturales, es de esta forma que se gesta el “conocimiento” sobre la acción del pasado de los hombres. Así el acto interpretativo pasaba a conformar parte del acervo del “conocimiento”, sin embargo, como decía Dilthey, para esto primero era necesario reemplazar al sujeto trascendental kantiano sin vida (*bloodless*) por uno que demostrara su historicidad.

Por consiguiente, Dilthey se tomó la tarea de construir un sujeto que supusiera capacidades de ordenamiento de la “realidad” pero no bajo categorías eternas *a priori*, en su lugar se tendrían que construir y depositar las categorías históricas que comprenden al sujeto, y estas pueden deducirse de la “vida” misma del sujeto. Cada periodo histórico del cual cada sujeto formaba parte, debía observarse como la base o fundamento del origen de las categorías. La “vida” del individuo y sus problemas recurrentes, y los significados que éste había otorgado a ésta, desarrollaban las categorías que eran inherentes a él en esa experiencia. Así, rechazaba simultáneamente la noción del sujeto como mero reflejo/espejo “tabla rasa” de un exterior dado, y el sujeto trascendental kantiano. Digamos de paso, que desde otro punto de partida, K. Mannheim⁹ también intentó desplazar el sujeto epistemológico tradicional, sustituyéndolo por un sujeto “social”, mientras que para Dilthey lo que constituye al sujeto es su “experiencia” en la “vida” y el periodo histórico que habita y de donde emergen las categorías y significados culturales que ordenan la realidad.

Hagamos notar de paso que cuando los neokantianos hablan del sentido o “significado” cultural de aquel u otro evento/acción en cierta época histórica, estos provienen del hecho de que entre la sociabilidad de los hombres existen “valores” culturales, y son estos los que hacen posible discernir y “evaluar” la importancia diferencial entre uno u otros significados para un mismo periodo o para aquel al que pertenece el investigador.

Para Rickert, los análisis “culturales” o “históricos” de las individualidades originales demostraban su significado e importancia para su época a partir del valor cultural otorgados a esta. Estos fenómenos singulares (“acontecimientos”) a diferencia de las explicaciones en las ciencias naturales no podían tomarse como recurrentes, que no significaba la imposibilidad de generalizar. Lo que no cabía era su contemplación como

⁹ Véase el segundo capítulo de Mannheim, K., *Ideología y Utopía*, Madrid, Aguilar, 1973.

generalizaciones gobernadas por “leyes”. Los acontecimientos en su especificidad eran alcanzados y descubiertos por el historiador por medio del repertorio de valores culturales existentes en cierta época histórica, estos valores eran los principios de selección para ordenar los “datos” o la “información”. Por lo tanto, a través de los acontecimientos significativos podíamos discernir y “revivir” y al mismo tiempo “comprender”/“entender” los procesos de la historia.

Sobre este enfoque, tanto Dilthey y Rickert estaban en total acuerdo. También compartían y asentían en el hecho de que las ciencias naturales requerían de una explicación causal, de tal forma que el proceso de “comprensión”/“entendimiento” era impertinente porque allí procedían las “explicaciones”; las leyes naturales no podían “comprenderse”, es decir, el choque de dos bolas de billar a cierto ángulo era “incomprensible”, pero podía “explicarse” en términos y razón de su velocidad y espacio.

Dilthey por su parte, se distanciaba de las tesis de Rickert en torno al origen del acontecimiento o evento significativo. Según Dilthey, esto se debe a que lo “significativo” no podía surgir de “intenciones” estructuradas por valores culturales *universales* trascendentales, y por medio de los cuales los sujetos creaban los acontecimientos particulares importantes y significativos. Para Dilthey el significado o sentido emerge de la posición del sujeto en relación a su “vida” y sus inmediaciones, sus valores culturales eran específicos al contexto de su convivencia. Asimismo en oposición a Rickert, sostenía que el supuesto de los valores culturales trascendentales como punto de partida para el análisis cultural, daba muerte de un plumazo a la investigación histórica concreta.

Según Dilthey, las categorías con las cuales creábamos los acontecimientos significativos y a través de las cuales lográbamos nuestras intenciones, así como nuestro entendimiento mutuo, necesitaba de una explicación que partía del supuesto de que ellas se originaban en la “experiencia” de la “vida” misma, no eran dadas de una vez para siempre, ellas podían evolucionar por medio y a través de la misma “experiencia”.

Afirmaba que para entender a la “experiencia”, y las categorías por las cuales la organizamos, debíamos proceder convirtiendo nuestros pensamientos en objeto a nuestras mentes, es decir, no el pensamiento organizado sino la misma experiencia como un objeto de introspección, de esta manera observaríamos que nuestras categorías son conformadas en el proceso de la vida misma, por ejemplo: “sentido”, “poder”, “desarrollo”, etcétera.

El procedimiento se lleva a cabo por lo que Dilthey denominó como “pensamiento silencioso”, y que nos presentaría a la “experiencia” de manera inmanente, como una entidad prediscursiva o prelógica que podría reconocerse. Sin embargo, Dilthey sostenía que este ámbito “prediscursivo”, una vez en su forma “racional” o discursiva, nunca sería una representación “real” de aquella “experiencia”; de manera análoga podemos decir que este proceso se asemeja a la manera en que Freud argumentaba que los sueños eran “organizados” por un proceso posterior y que nunca reflejaba ni el orden y ni el encadenamiento del sueño en sí, ni sus significados pulsionales.

Dilthey supone al sujeto humano con el don y la capacidad de “experiencia” para realizar un salto mortal y observarse a sí mismo; esto puede decirse de manera paradójica: lograr comprender la esencia “real” de la experiencia, pero sin dejar la “experiencia”. En resumen, es de esta “experiencia” que emergen y se desarrollan las categorías y significados que ordenan la vida.

Se ha señalado una posible crítica en torno a la existencia de este proceso del conocimiento en alusión al dogmatismo de las aseveraciones epistemológicas, sin embargo no es necesario ir tan lejos para destacar el misticismo que implica lograr comprender el proceso de “experiencia” al que se remite Dilthey. En este sentido podemos decir que es inconsistente inclusive con sus propias postulaciones, es decir, si se acepta la tesis de Dilthey cuando sostiene que es la experiencia la que provee nuestro conocimiento y comprensión de otros en el mundo, ¿Cómo lograr detener ese proceso de “experiencia” e intentar de manera simultánea apropiarse del proceso mismo por medio de una “experiencia” más profunda o fundamental?

Si ello es posible, entonces el pensamiento discursivo ya no corresponde propiamente dicho a un proceso de “experiencia”, sino uno que depende de condiciones de existencia donde es factible una entidad con categorías independientes de la “experiencia” de la “vida”; conclusiones contrarias a las que sostenía Dilthey.

En síntesis, el objetivo central del “joven”¹⁰ Dilthey fue la construcción de un “sujeto humano”, que podría verse como un desarrollo o producto de la “vida” misma, argumentando que este “sujeto” resolverá incluso gran parte de los problemas tradicionales de la epistemología, es en este sentido

¹⁰ Véase: Hodges, H. A., *The Philosophy of Wilhelm Dilthey*, Londres, Routledge & Kegan Paul, 1952.

que debe entenderse su afirmación de que la psicología subsanará a la epistemología.

Con una nueva psicología se posibilitaría el conocimiento de la “estructura mental” con la cual toma forma la comprensión o el entendimiento, producto a su vez de la vida misma. Esta psicología es anticonductista en el sentido de que no aceptaba ninguna hipótesis para realizar e iniciar el análisis, y el conductismo estudiaba las leyes formales del comportamiento mental, suponiendo precisamente eso; Dilthey partía más bien de la idea de que era posible lograr un análisis y conocimiento pleno de las capacidades mentales *a priori* que hacían concebible cierta ordenación del sentido y la “unidad de la vida”, pero que debía estudiarse en y a través de la experiencia misma sin recurrir a hipótesis alguna.

Esta estructura mental era esencialmente teleológica, fundamentada en acciones intencionales que toman forma en diferentes combinaciones, pero todas las acciones eran en ese sentido intencionales.

Por consiguiente, la objetivación de la mente en el mundo y su personificación estaba por doquier, tanto el orden de los árboles en los parques, como la ruinas del Imperio Romano podrían ser expresiones por excelencia de la acción intencional teleológica de la mente humana. Esta podía “comprenderse”/“entenderse” a través de sus representantes o símbolos, expresiones de la acción de la mente humana. Es así como se hace posible la historia en base a las acciones de sujetos humanos por medio de la comprensión del sentido y significado de la historia para estos. El historiador debía “entender”/“comprender” las experiencias del pasado haciendo “revivir” los actos/acontecimientos, es decir, el mismo historiador debía volver a “vivir” las experiencias de los actores cuando estos llevaron a cabo esta o aquella acción, era la experiencia interna de estos actores la que debía rescatarse.

Sin embargo, en el “viejo” Dilthey observamos un importante cambio teórico a raíz de las críticas y derrumbe de su noción de que la psicología era el sustrato básico de las ciencias culturales. Los argumentos opuestos sostenían que era imposible enterarse de la “estructura mental” por medio de la simple “experiencia”, además no podía darse cuenta de esta solamente vía la experiencia porque era imposible comprenderla globalmente ya que esta se suponía siempre en acción y proceso, su recurrente evolución no podía ser abolida de manera *a priori*; por otra parte, cabe destacar que esta misma teorización requería de una “hipótesis” que no podía decirse que se originó de la “vida” misma.

Dilthey entonces pasó a una posición más cercana a la de Rickert, ahora las expresiones de la “vida”, sus objetivaciones, el sentido, así como el significado de estas para el sujeto humano que las sufría no requería de descubrimiento o investigación, la “experiencia” de tales acciones en cuestión no suponía “revivirlas”, no eran pertinentes los sentimientos implícitos del nuevo sembradío u orden de árboles en el parque o la experiencia de ver caer la última piedra del Imperio Romano. La nueva concepción tomó como parte central de sus argumentos la idea de que el sentido de los acontecimientos y acciones debían observarse en términos del significado cultural que ellas poseían para la época y para la vida del individuo.

En suma, para Dilthey y Rickert la historia era un objeto de análisis guiada por valores culturales, que ordenaban el material y los datos/información/eventos, pero también el significado cultural que dichos eventos detentaban para la época. Una época debía describirse y comprenderse en relación a los valores culturales y significados predominantes por esa época. Ahora bien, para Rickert los valores culturales eran un fenómeno universal.

Dilthey rechazaba el aspecto trascendental de los valores culturales como aparecían en la obra de Rickert. Como hemos visto, para Dilthey, los valores culturales emergían y crecían en el contexto de la vida y su relación con la época en cuestión, podían ser: “heterogéneos, polivalentes, infinitos y perversos”. Sin embargo, Dilthey no se percató que él también partía de cierto valor cultural fundacional primario y “universal”: la “vida” misma; ya que es sólo a partir de esta noción que puede originarse el sentido o significado.

Habiéndose tachado de relativista a Dilthey, por sostener que los hombres viven bajo una gran variedad de valores culturales, éste fue obligado a replicar que el proceso para evaluar a cada uno de los valores culturales, y saber cuáles eran mejores o peores o más dignos de significado y cuáles se pueden decir haber gobernado toda la historia era un problema para la filosofía de la historia, problema sin lugar alguno en los análisis históricos empíricos.

La interpretación de una época emana y toma forma de los “valores” culturales, su sentido y significado se realizaba por medio del proceso de “comprensión”/“entendimiento”. En última instancia esta óptica reduce todo el campo de la historia a las acciones intencionales (“creativas”) de los individuos: en Dilthey prácticamente cualquier fenómeno podía perso-

nificar la expresión y manifestación de la acción de la mente humana, y por lo tanto, en cualquier sitio podían encontrarse los significados de la acción humana, de esta manera el “objeto” de la historia era prácticamente ilimitado en términos de tiempo, lugar y geografía: las posibilidades para la especulación eran mucho más amplias de lo que incluso el “realismo mágico” latinoamericano supuso. Tanto leyes, libros, y árboles en el parque cabían como emanaciones de la acción humana, o personificaciones de la objetivación de la mente humana, todas “expresiones” de ella, así era imposible delimitar las fronteras del campo de la ciencias culturales. Por consiguiente, debido a que la historia investiga el “pasado” y lo que este representa en cuanto al significado y personificaciones de las acciones de la mente humana, la “historia” se convertía en la realización de una esencia inmanente, que se reflejaba por doquier y se originaba únicamente en el sujeto humano. A diferencia de Hegel, no era la realización de la “Razón”, porque ello hubiera implicado suponer la existencia de una escala evolutiva de valores culturales jerárquicamente ordenados, lo cual destruiría tanto el relativismo total de Dilthey ante la inexistencia de valores culturales superados y/o decadentes, así como su concepción de que las acciones humanas son esencialmente individuales sin una lógica más allá que la constituida por la propia vida.

En cuanto a Rickert, también la especulación era inherente a la forma de hacer historia. Es a partir de la idea de que un acontecimiento histórico es significativo, siempre y cuando estuviese articulado a algún valor cultural, que Rickert constituye los “objetos” de la historia, por lo tanto estos podían ser innumerables e ilimitados, porque en última instancia cualquier “objeto” podía ser apropiado y descubierto por algún valor cultural dado, otorgándole significado y sentido, por otro parte incluso los objetos u “hombres” que renieguen de ciertos “valores” culturales podían ser “entendidos” en términos del significado que estos tenían para ellos. Así bajo los “estudios culturales”, todo tipo de fenómeno podía ser significativo con referencia a cierto “valor” cultural, dejando campo abierto a todo tipo de especulaciones. Las consecuencias especulativas de ésta óptica quedaron claramente plasmadas en los intentos de M. Weber de resolver este dilema, proponiendo un análisis “interpretativo” por un lado, sumándole uno “causal” por otro, haciendo posible con ello hablar de “relativismo” incluso en el ámbito de la causalidad.

Por último cabe destacar que la crítica aquí adoptada a la forma en que los neokantianos construyen su “objeto” de la historia no debe llevar a la conclusión de que entonces todos sus análisis específicos históricos también son una serie de “especulaciones”; eso supondría precisamente lo que se ha intentado poner en tela de juicio al inicio del ensayo: que el discurso es producto de un “método” o “autor” predeterminado que juega el papel de correlacionar y representar un ámbito de lo “real” vía el de las “ideas” o discurso. Hemos visto que diversas epistemologías plantean bajo diferentes principios semejante tarea de “validación”. Sin embargo, si los textos son productos de una serie de problemas y conceptos, son estos los que determinarán la lógica y curso del discurso y por lo cual estos tendrían que analizarse a partir de la información y datos que destacan en su argumentación; un raciocinio como el que aparece en el libro de *La ética protestante del capitalismo* de Max Weber no debe valorarse como la personificación del “método” interpretativo, y de allí pasar a deducir sus postulados “insostenibles”. El texto evidencia suficiente información y argumentos para postular las causalidades y determinaciones allí establecidas; el planteamiento que intenta explicar la pertinencia de cierto “espíritu” y sus consecuencias para el surgimiento de una economía mercantil/capitalista debe evaluarse a partir de sus puntos de partida, sin tener que recurrir a aquello que se denomina como el “método” interpretativo o de “comprensión”.

Por consiguiente el discurso no puede observarse y menos aún evaluarse por la supuesta pertinencia o emanación de cierto método, porque las “anomalías” o “inconsistencias” que indudablemente se encontrarían en los discursos no podrían explicarse más que recurriendo a la tesis de que el discurso o el autor no utilizó debidamente cierto método (o sus presupuestos epistemológicos), pero esta estrategia dejaría indeterminado y por lo tanto sin explicación la evolución del discurso, contradiciendo sus propias tesis en cuanto a la emanación y lógica del discurso (como resultado de un método) de tal forma que siempre tendría que recurrir a una explicación “externa” y *a posteriori* del discurso y sus “objetos”.

Lo anterior no significa que la postulación de cierto “principio” o signo epistemológico, bajo el cual supuestamente debió haberse escrito un texto, no tenga consecuencias para el discurso en cuestión; pero incluso aquí las consecuencias deben extraerse a raíz del análisis y no pueden deducirse *a priori*. Digamos por ejemplo que el discurso que se presenta como “positivista” tendrá que obviar explicaciones o descripciones no “observables”.

Pero ya se ha señalado que ningún proyecto epistemológico puede sustentar y menos explicar sus puntos de partida sin su afirmación dogmática y menos aun mantenerse bajo la lógica de sus supuestos, por ello tarde que temprano aparecieron en la física los “protones” y “cuarks” que imposibilitan navegar acariciando la “realidad”.

Cabe entonces separar el problema de la evaluación¹¹ y consistencia del discurso, de aquel que corresponde a su evolución y mutación en otro. Por un lado tenemos: A) El orden lógico de los conceptos y sus relaciones entre sí —a veces jerárquicas— para la especificación de su saber y sus objetos; es decir, ello supone un análisis y problema “interno” del discurso, por otro, B) la generación, transformación y producción del discurso.

Por lo general, las tareas descritas como “A” y “B”, son analizadas como producto de cierto “método” o “pensamiento de un científico”, tanto en los conceptos que hacían posible la obra como las razones que proponían como el sustento del desarrollo y transformación del discurso y de la investigación, cuando de hecho estamos hablando dos aspectos que deben tomarse de manera separada.

Los problemas de la evaluación de los conceptos que hace posible una investigación del orden especificado como (A) impone observar y buscar la “sincronía” implícita y explícita entre los conceptos. Sin embargo el problema de cómo se genera y evoluciona y se transforma el discurso (B) no tiene por qué confundirse con el anterior aspecto; existen muchas limitantes conceptuales en todos los discursos, y que son precisamente estas las que hacen posible las inconsistencias, y su superación se logra únicamente a través de una reelaboración conceptual —discursiva—, de tal forma que esto no tiene nada que ver con la comprobación de si el discurso es o no una “representación” verídica o no de algún fenómeno “extradiscursivo”. En otras palabras, en última instancia la propia distinción “discurso”-“realidad”, “ideas”-“realidad”, “sujeto”-“objeto” es tan “metafísica” como cualquier otra porque esta tarea se elabora “discursivamente”; dónde inicia, y dónde termina la “realidad” es un debate esencialmente discursivo, “teórico”.

Finalmente concebir que puede existir discurso alguno sin inconsistencias y problemas por desarrollar, es suponer no sólo la coherencia y *racionalidad* del clásico sujeto epistemológico, sino además de que

¹¹ Véase: Hindess, B., *Philosophy and Methodology in the Social Sciences*, op. cit. supra, nota 3; Rorty, R., *Philosophy and the Mirror of Nature*, op. cit.

el discurso es algo finito, posibilidad que sólo las epistemologías plantean, planteamiento por el cual se niega “veracidad” a discursos con “objetos” irreconciliables entre sí debido a sus diferentes puntos de partida.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- ALTHUSSER, L., *Para leer el capital*, México, Siglo XXI, 1985.
- ANTONI, C., “From History to Sociology: The Transition in German”, *Historical Thinking*, Londres, Merlin Press, 1962.
- COLLINWOOD, R. G., *The Idea of History*, New York, Oxford University Press, 1956, existe traducción por FCE.
- DILTHEY, W., *Pattern and Meaning In History*, Londres, Routledge & Kegan Paul, 1954.
- HINDESS, B., *The Use of official Statistics in Sociology: a critique of positivism and ethnomethodology*, Londres, Macmillan, 1973.
- , *Philosophy And Methodology In the Social Sciences*, Harvester Press Ltd., 1977.
- HINDESS, B., y HIRST, P., *Mode of Production and Social Formation*, Londres, Macmillan Press Ltd, 1977.
- HODGES, H. A., *The Philosophy of Wilhelm Dilthey*, Londres, Routledge & Kegan Paul, 1952.
- MANDELBAUM, M., *The Problem of Historical Knowledge*, Nueva York, Harper Torch Books, 1964.
- MANNHEIM, K., *Ideología y Utopía*, Madrid, Aguilar, 1973.
- RICKERT, H., *Science And History: a Critique of Positivist Epistemology*, Nueva York, Van Nostrand, 1962.
- RICKMAN, H. P. (comp.), *Dilthey W. Selected Writings*, Londres, Routledge & Kegan Paul, 1975
- RORTY, R., *Philosophy and the Mirror of Nature*, Princeton University Press, 1980.
- , *Consequences of Pragmatism*, University of Minnesota Press, 1989.